

SECULARIZANDO LA SACROSANTA ECONOMÍA. HACIA UNA CRÍTICA DEL “IMPERIALISMO DE LO  
ECONÓMICO” EN EL ÁMBITO DE LAS CIENCIAS SOCIALES  
SECULARIZING THE SACROSANCT ECONOMY. TOWARDS A CRITICISM OF ‘IMPERIALISM OF THE  
ECONOMIC MATTER’ IN THE FIELD OF SOCIAL SCIENCES

Jorge Polo Blanco\*

Universidad Técnica del Norte - Ecuador

Fecha de recepción: 6 de enero de 2016

Fecha de aceptación: 4 de abril de 2016

**Cómo citar este artículo (MLA):**

Polo, Jorge. “Secularizando la Sacrosanta Economía. Hacia una Crítica del ‘Imperialismo de lo Económico’ en el Ámbito de las Ciencias Sociales”, *Disertaciones* (5), 1, 2016: 18 - 37.

**Resumen**

Las ciencias sociales, producto específico del devenir histórico-cultural decimonónico, destilaron pronto una nueva disciplina, la Economía Política, que progresivamente fue perfilando los contornos de un campo cognoscitivo y produciendo unos fundamentos teóricos que a no mucho tardar iban a quedar constituidos como piedras angulares del recién levantado edificio de las ciencias de lo social. En ese proceso de construcción, y en calidad de ciencia social matriz, las categorías de la ciencia económica fueron ampliando paulatinamente su radio de acción para extender su virtud explicativa a ámbitos cada vez más amplios de la realidad humana. En este trabajo, y partiendo de la anterior premisa, queremos identificar ese proceso por medio del cual la ciencia económica ortodoxa se erige en paradigma hegemónico, esto es, en esa ciencia capaz de exportar su metodología y sus presupuestos teóricos al resto de las ciencias sociales, convirtiéndose con ello es una especie de “ciencia sagrada” con capacidad analítica omnicomprendiva.

**Palabras clave:** ciencia social matriz, imperialismo de lo económico, hegemonía del paradigma del mercado.

**Abstract**

Social sciences, a specific product of cultural-historical nineteenth-century undertaking, revealed soon the new discipline of Political Economy, which progressively outlined a cognitive field, producing the theoretical foundations that not too late would stay constituted as the cornerstones of the recently raised structure of social sciences. In this process of construction as a social science matrix, the categories of economic science gradually widen their radius of action for expand their explanatory virtue into increasingly broader spheres of human reality. This work, setting out from the premise above, aims to identify this process by which orthodox economic science is built in the hegemonic paradigm; or rather, in a science that is able to export its methodology and theoretical suppositions to the rest of the social sciences, thus becoming a kind of “sacred science” with an all-encompassing analytical capacity.

**Keywords:** social science matrix, imperialism of the economic matter, hegemony of the market paradigm.

---

\* Contacto: [jpolo@utn.edu.ec](mailto:jpolo@utn.edu.ec)

## Introducción

En la primera parte del trabajo encuadraremos el surgimiento de la economía como disciplina teórica autónoma en el interior del programa positivista, mostrando las consecuencias epistemológicas que de ello se derivan. A continuación, exploraremos las posibles afinidades entre la teoría económica neoclásica y dos paradigmas psicológicos muy relevantes en el siglo XX, a saber, el conductismo y el cognitivismo. Después, comprobaremos cómo el modelo teórico fundamentado en el mercado terminó exportándose a buena parte de los otros saberes sociales, hasta el punto de poder señalar la existencia de un “imperialismo de lo económico”. Para concluir, y en íntima relación con todo lo anterior, reflexionaremos en torno a la no-neutralidad normativa del discurso económico ortodoxo, contraviniendo toda pretensión de hacer del corpus dogmático de la teoría económica de raigambre neoclásica una suerte de conjunto de verdades autoevidentes e indiscutibles.

### I. Programa positivista, física social y economía científica

Hemos de comenzar recordando que es en el seno mismo de la filosofía positivista, que cristaliza paradigmáticamente en el sistema teórico construido por Auguste Comte, donde emergen los nuevos campos disciplinares que tienen que ver con el estudio científico de lo social. Los fenómenos sociales y culturales, dentro del nuevo prisma abierto por el espíritu positivo decimonónico, habían de quedar subsumidos bajo un mismo método explicativo, a saber, el propio de las ciencias naturales. Ésta era, en esencia, la matriz del programa positivista (Comte 1980 32). La constitución de una ciencia social verdaderamente positiva (esto es, sujeta a un canon rigurosamente científico) aparecía como el epílogo del trabajoso y secular recorrido del espíritu humano, que entraba de esa manera en un estadio de consolidación de la inteligencia fundamentado en un desprendimiento casi definitivo de todo lastre supersticioso, religioso o metafísico. Comte entendió que el advenimiento de la sociedad industrial y la mutación definitiva de una conciencia que se fragua abundantemente en las coordenadas de la ciencia positiva debían ser comprendidos como dos acontecimientos retroalimentados (*Id.* 47). Porque la metamorfosis de los marcos intelectuales y axiológicos, desde los cuales se construían las interpretaciones del orden social, tuvo una relación íntima e insoslayable con la implantación y despliegue de los modos de vida propios de una sociedad crecientemente industrializada.

Comte, en un momento dado, empieza a lamentarse de que las ciencias más genuinamente sociales sean las últimas en ir acomodándose a los métodos y parámetros de la ciencia natural, pues parecen resistirse de un modo especialmente contumaz a entrar en un estadio definitivamente positivo:

Por una parte, en efecto, la gran crisis inicial de la positividad moderna no ha dejado esencialmente fuera del movimiento científico propiamente dicho más que las teorías morales y sociales, que han quedado desde entonces en un irracional aislamiento, bajo el estéril dominio del espíritu teológico-metafísico: en llevarlas también, por tanto, al estadio positivo debía consistir en nuestros días la última prueba del verdadero espíritu filosófico, cuya extensión sucesiva a todos los demás fenómenos fundamentales estaba ya bastante bosquejada. (Comte 1980 66)

La última expansión sistemática de la filosofía natural, por lo tanto, habría de articularse en la constitución de una ciencia social genuinamente científica. Ése sería, precisamente, el programa estrictamente positivista de construcción de una verdadera ciencia de lo social.

Así se llega gradualmente a descubrir la invariable jerarquía, a la vez histórica y dogmática, de igual modo científica y lógica, de las seis ciencias fundamentales: la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología y la sociología, la primera de las cuales constituye necesariamente el punto de partida exclusivo, y la última, el único fin esencial de toda la filosofía positiva, considerada desde ahora como algo que forma, por su naturaleza, un sistema verdaderamente indivisible [ . . . ] (Comte 1980 125)

Como puede observarse, en la concepción comtiana la sociología forma parte de un mismo corpus de conocimientos unificados, junto a la física o a la biología.

En este contexto no habrá lugar para unas supuestas ciencias del espíritu o de la cultura, yuxtapuestas de manera diferenciada e irreductible a las ciencias de la naturaleza (Dilthey). En el proyecto positivista las ciencias naturales lo engloban todo y se erigen, de ese modo, en el único modo de conocimiento verdaderamente racional y científico. Es un programa, en definitiva, que trata de otorgar una verdadera unidad al árbol completo de los conocimientos humanos. Ése y no otro es el horizonte de sentido que lo anima e impulsa. Y es así que la física social, bautizada por Comte como “sociología”, aparece como ciencia natural de los fenómenos históricos y políticos.

Creo que, desde este momento, debo aventurar este nuevo término [sociología], equivalente exacto de mi expresión, introducida ya, de física social, a fin de poder designar con un nombre único esta parte complementaria de la filosofía natural que se relaciona con el estudio positivo de las leyes fundamentales propias de los fenómenos sociales. (Comte 1981 236)

Y es precisamente en esta nueva matriz de pensamiento en donde hemos de situar la emergencia de la “ciencia económica”, que quiso convertirse en una rigurosa disciplina eminentemente científica.

Por otro lado, pero en plena concordancia con lo dicho hasta ahora, hemos de señalar que el mecanicismo nunca dejó de ser uno de los ingredientes fundamentales que constituyeron el humus ideológico dentro del cual se produjo el nacimiento y desarrollo de las ciencias sociales en general y de la disciplina económica en particular: “La ciencia económica misma se configuró, como luego veremos, con arreglo al dogma mecanicista” (Naredo 18). Parece muy razonable asumir la tesis de que la ciencia económica no escapó, en la génesis y desarrollo de su cuerpo teórico, a esa ineludible influencia de los modelos importados desde las ciencias naturales exactas. Los economistas neoclásicos pretendieron construir una ciencia económica exacta, enteramente análoga a las ciencias físico-matemáticas (Bilbao 1996 228).

Se fue elaborando de este modo una mecánica del individuo económico que en última instancia trató de conducirse teóricamente como una especie de geometría de las fuerzas sociales en interacción.

La economía se constituye como una suerte de física social, en la que el individuo es subsumido bajo la condición de un cuerpo sometido a leyes. El objeto de esta física social es determinar las leyes que rigen su movimiento. Bajo la perspectiva del método físico-matemático, la naturaleza de los cuerpos es indiferente, puesto que se reduce a un punto homogéneo. La física social trata, de modo análogo a como lo hace la ciencia natural, de determinar las leyes del movimiento de los cuerpos. Con esto se traslada al campo del análisis de las relaciones sociales la perspectiva moderna, inaugurada por Galileo. (Bilbao 1996 230)

Largo recorrido y profundas raíces tiene el “matematicismo” en la concepción del mundo inaugurada por las modernas ciencias, en efecto (Burt). Pero resulta muy oportuno observar, específicamente, la notable influencia de dicho programa en la construcción de la teoría económica, que quiso acceder a un estatuto de cientificidad plena a través de los derroteros metodológicos y conceptuales marcados y consagrados por el positivismo.

La idealización teórica proyectada en los modelos explicativos de la ciencia económica, en su versión neoclásica, cristaliza en un equilibrio mecánico representado por funciones matemáticas simultáneas, y todo ello depurado en un individualismo metodológico en el que los sujetos atomizados reaccionan de manera electiva a través de una racionalidad puramente maximizadora. Creemos muy oportuno, en ese sentido, la caracterización de dichos modelos efectuada por David Kaplan:

El mundo tal como lo describe la economía al uso es un mundo enormemente «idealizado». Es un mundo donde los individuos actúan con total información y previsión; donde toda acción procede de decisiones económicamente racionales y está dirigida hacia fines que siempre son maximizados; donde no existen limitaciones culturales ni sociológicas al traducir la decisión en acción inmediata; y donde todos los individuos hacen elecciones y actúan con completa independencia unos de otros. Dentro de este mundo idealizado, los economistas han podido moverse con coherencia lógica, certeza deductiva y, muchas veces, con elegancia matemática. Al responder a las críticas de que este mundo idealizado parece tener poca relación con ningún sistema económico empírico concreto, los economistas han replicado que tal es el sistema de la ciencia. Después de todo, si se examina la ciencia de las ciencias, la física, se encuentra que también las leyes físicas está formuladas en términos de entidades y condiciones muy idealizadas que no tienen ninguna contrapartida exacta en la naturaleza, como en el caso de los puntos de apoyo de la palanca que no roza ni se desgasta, de los cuerpos inflexibles o de los cuerpos que caen en el vacío perfecto. Sólo gracias a este proceso de simplificación e idealización de la naturaleza han podido los físicos formular proposiciones teóricas de gran alcance y con capacidad explicativa. Así que los economistas se limitan a seguir los procedimientos conceptuales que tanto éxito han demostrado tener en esta ciencia maestro. (217)

Samir Amin entendía que la construcción de estos modelos irreales de “economía pura” constituía la “hechicería del mundo contemporáneo” (138). Incluso llega a calificar tales construcciones teóricas de “paraciencia” (145). Pero en cualquier caso, queremos ahora mostrar que la física social ensayada por la ciencia económica neoclásica procede, en esencia, a través de esa metodología reduccionista importada desde la física mecánica y cuya máxima expresión son los modelos fundamentados en la noción de “equilibrio general” .

También aseveraba Jevons en su *The Theory of Political Economy*, publicada en 1871, que una disciplina económica verdaderamente científica había de cobrar un carácter medularmente matemático

(68). Como venimos observando, semejantes premisas aparecen una y otra vez en los textos fundacionales de la economía neoclásica. Aquello de lo que trata la economía es siempre susceptible de ser entendido y formalizado matemáticamente. La base de toda su concepción económica, la teoría subjetiva del valor, se fundamenta en un tipo de racionalidad humana que puede, de alguna manera, representarse la utilidad esperada de algo de una manera numérica o cuantitativa (*Id.* 74). En sus argumentaciones podemos observar muy nítidamente una deriva abiertamente fiscalista de la teorización económica, que trata de trasplantar el método cuantitativo desde la esfera de las ciencias físicas a la esfera de la ciencia social y económica. Afirma Jevons que

[...] la teoría que aquí se presenta puede describirse como la mecánica de la utilidad y el propio interés [...] Su método es tan seguro y demostrativo como el de la cinemática o la estática. Mejor dicho, casi tan evidente en sí mismo como los elementos de Euclides, cuando se comprende plenamente el verdadero significado de las formulas. (80)

La variación de nuestros estados de ánimo puede representarse en un eje cartesiano de coordenadas, apareciendo en una abscisa el tiempo y en otra la intensidad del deseo, sentimiento o preferencia; éstos pueden quedar cuantitativamente representados en su desarrollo y evolución (*Id.* 86). En última instancia, la teoría económica de Jevons aparecía fundamentada en la posibilidad de una cuantificación de la subjetividad humana. También Carl Menger, cuando esbozaba su “orientación exacta” de la ciencia económica, entendía que ésta había de basarse en modelos deductivos fundamentados en principios aprioristas, esto es, no derivados de ningún registro empírico o estadístico; de la misma forma, añadía, que la geometría pura no deducía sus principios de ningún elemento empírico (140).

En este primer epígrafe hemos querido indicar la íntima relación constitutiva que se produjo entre la naciente ciencia económica, que en el último cuarto del siglo XIX alcanzó un estatuto de disciplina autónoma, y el programa positivista. Y, por supuesto, los efectos ideológicos que de ello se derivaban. Porque no podremos obviar que esa cientificidad de la teoría económica siempre operó como un discurso ideológico que en última instancia pretendía fortificar la hegemonía de un determinado modo de organizar la vida social (Dávalos 24).

## II. Un modelo de teoría económica y dos paradigmas psicológicos: afinidades electivas

Vilfredo Pareto, uno de los más insignes teóricos de la economía neoclásica, ejemplificaba muy claramente lo que habíamos venimos diciendo, cuando aseveraba que en el mundo de la praxis humana también es posible descubrir uniformidades legaliformes, gracias a las cuales es posible establecer una ciencia social rigurosa (10). El campo disciplinar de la ciencia económica puede constituirse como tal porque dentro del complejo universo de los fenómenos sociales pueden descubrirse, analíticamente, leyes económicas. En ese sentido, aduce Pareto, la metodología analítica de la Economía Política no difiere en nada de la metodología propia de las ciencias naturales: “La mecánica racional, cuando reduce los cuerpos a simples puntos materiales; la economía pura, cuando reduce a los hombres reales al *homo oeconomicus*, se sirven de abstracciones perfectamente semejantes, e impuestas por necesidades semejantes” (19). Pareto asevera taxativamente que una economía verdaderamente científica, emulando la metodología de las ciencias naturales, ha de ser construida al modo de una auténtica mecánica social. Y en el interior de esa mecánica los comportamientos sociales humanos, por medio de

la abstracción analítica, son idealmente despojados de toda cualidad extra-económica hasta hacer de ellos meros puntos o fuerzas que sólo conservan los resortes de la acción economizadora, esto es, hasta hacer de ellos puros sujetos económicos que interactúan en el marco de un límpido mecanismo carente de roce y depurado de toda influencia o determinación no económica. La metodología del economista científico sería enteramente equivalente a la del químico que, en el laboratorio, trabaja con elementos puros, esto es, con elementos aislados de la contaminación de cualquier otro componente ajeno al universo o campo de experimentación.

Resultaría muy interesante, aunque aquí sólo podemos dejarlo esbozado, adentrarnos en las probables influencias que acaso pudieron llegar a tener las concepciones de la economía neoclásica en el desarrollo del paradigma psicológico conductista. Para Skinner, uno de los principales representantes de aquella escuela psicológica, el pensamiento humano acabó siendo conceptualizado como un dispositivo capaz de ejecutar un repertorio eficaz de respuestas a los distintos problemas a los que se va enfrentado el organismo:

El resultado de resolver un problema consiste en la aparición de una solución en forma de respuesta. Ésta altera la situación de forma que el problema desaparece. La relación entre la conducta preliminar y la aparición de una solución es simplemente la relación entre la manipulación de variables y la emisión de una respuesta. Esto no pudo entenderse claramente hasta que fueron analizadas las relaciones funcionales de la conducta; pero, entretanto, se inventaron muchos procesos ficticios. (279)

Pensar, dentro del modelo conductista, no es otra cosa que dar una respuesta operativa a las variables del entorno que afectan problemáticamente al organismo y, por lo tanto, el sí mismo no es nada más que un sistema organizado de respuestas funcionales y adaptativas (Skinner 311). Esta ciencia natural de la conducta sostenía como tesis fuerte que postular algo más de lo ahí analizado sería pura mistificación supersticiosa y metafísica. Pero resultaría muy interesante, y esto es lo que ahora nos interesa, investigar las posibles afinidades y confluencias de fondo que acaso se produjeron entre esa concepción científico-natural de la conducta humana y la mecánica social pura esbozada, como veíamos, por Pareto y los demás economistas neoclásicos.

Porque, en efecto, los puntos abstractos que interaccionan dentro de un mecanismo económico idealmente proyectado son, en último término, sujetos que actúan siempre reaccionando a estímulos externos y teniendo presente, eso sí, que la respuesta emitida en todo momento aparece determinada por los parámetros de la escasez y por la inquebrantable pauta de la elección maximizadora. Es decir, la mecánica social concebida por los modelos de la teoría económica neoclásica se sirve de un esquema esencialmente reductor en el que la acción de los sujetos ha sido despojada de todo aquello que no tiene que ver directa o indirectamente con una racionalidad puramente economizadora presidida por la escasez y la elección, y cuyo objetivo es la maximización de la propia utilidad. Pero, a su vez, dicho modelo de conducta permitiría una comprensión científico-natural del comportamiento humano y el establecimiento de una física social de tipo mecánico capaz de aprehender científicamente la estructura social. Y es ahí, precisamente, donde podríamos hallar esas afinidades con el paradigma conductista.

Ejercer la razón es, dentro de ese contexto explicativo, un operar mediante el cálculo; y en ese sentido, la razón es sólo una forma aplicable a aquellas materias susceptibles de ser manejadas mediante el cómputo. Pero dicha computación, y esto es lo que más nos interesa, sólo está dirigida a la conservación y perpetuación de la máquina. Una identificación de razón y cómputo que ya aparecía nítida y explícitamente expresada en Thomas Hobbes (32). Aunque el recorrido de dicha tradición fue muy extenso y profundo, toda vez que sus efectos se dejarán sentir secularmente, hasta el punto de alcanzar a todo ese conglomerado de “teorías de la elección racional” que tanta predicación alcanzaron a lo largo del siglo XX. Como puede observarse en Nicholas Rescher, por tomar un ejemplo de ese mismo universo teórico, en último término la razón se concibe como una instancia que calcula y, por ello mismo, como un recurso económico:

Comportarse racionalmente es hacer uso de nuestra inteligencia para calcular qué hacer en ciertas circunstancias de la mejor manera. Se trata, entonces, de hacer deliberadamente lo mejor que uno puede con los medios a nuestra disposición y esforzarse por alcanzar los mejores resultados que uno puede esperar dentro del alcance de nuestros recursos, que comprenden específicamente nuestros recursos intelectuales. La optimización de lo que uno piensa, hace y evalúa es el centro de la racionalidad [. . .] En consecuencia, la racionalidad posee de modo crucial una dimensión económica, ya que se considera que la tendencia económica es inherente al comportamiento inteligente. Costes y beneficios son factores fundamentales. Ya sea en asuntos de creencia, acción o evaluación, la racionalidad involucra el intento de optimizar beneficios en relación con el coste de los recursos disponibles. (15)

Lo que podemos detectar de una manera nítida en esta tradición de pensamiento es la imbricación de cálculo y racionalidad, que figurarán como principios constitutivos e indelebles de la máquina computacional humana que, por lo además, funcionará siempre en base a los inquebrantables criterios de la maximización del propio interés.

En este punto creemos que resulta muy conveniente señalar la raigambre cartesiana de algunos de los postulados básicos del pensamiento económico neoclásico. Porque, en efecto, el concepto de racionalidad puesto en juego por dichos modelos se identifica con un manejo computacional de toda la información relevante. En un trabajo imprescindible, Izquierdo intentaba mostrar cómo las “maquinaciones subjetivas” de un intelecto humano concebido cartesianamente resultan enteramente congruentes con las nociones de “equilibrio económico” teorizadas por los neoclásicos:

La moderna psicología cognitiva ha impuesto el modelo abstracto de un sistema artificial de manipulación simbólica de señales como esquema heurístico elemental para la comprensión de los procesos mentales del hombre. La metáfora del ordenador, el modelo de una máquina electrónica automática y compleja que filtra, clasifica, ordena y reformula de forma instantánea y eficiente enormes masas de estímulos exteriores inconexos, se ha instalado de forma simultánea como principio estructurador de la teoría económica de la eficiencia del mercado y como modelo estándar de la teoría psicológica de la manipulación inteligente de símbolos. (100)

Es éste un tema que desborda con creces la amplitud de este trabajo, pero creemos enteramente justificado dibujar o insinuar aquí algunos elementos de esta genealogía que ha de partir, en todo caso

de la reductio cartesiana de la *psique* humana, y que desde luego alcanza a todas las diversas teorías computacionales de la mente, ya bien adentrado el siglo XX. Herbert A. Simon, representante paradigmático de la imbricación interdisciplinar entre psicología cognitiva, inteligencia artificial y teoría económica, escribió un trabajo muy interesante en los años setenta acerca de la “eficacia computacional” en los procesos de toma de decisiones dentro de los procesos económicos (143).

Todo lo cual debe ser puesto en relación con Friedrich Hayek, el gran teórico de la Escuela Austriaca. En efecto, y en el contexto de la polémica del “cálculo económico”, el teórico vienés nos propone concebir el mecanismo mercantil de los precios como un complejo autómatata computacional evolutivamente adaptado para el procesamiento de ingentes cantidades de información operantes a lo largo y ancho de todo el campo social. En ese trabajo, Hayek pone en juego una funcionalidad maquínica asociada al funcionamiento del libre mercado que desemboca en una suerte de simbiosis entre la metáfora computacional para entender el orden espontáneo del mercado y la concepción de una psique humana también definida desde patrones computacionales. En una y otra instancia, psique y mercado, funcionaría una misma estructura de manejo y cómputo de la información. Aunque, en realidad, esta analogía también operaría para algunos partidarios de modelos de “socialismo de mercado”, como Oskar Lange, que igualmente planteaba que el mecanismo de mercado cumplía la misma función que una máquina computadora, o viceversa.

Como vemos, la configuración de una física social, matriz misma de la filosofía positivista, constituía el marco dentro del cual se desarrollaba una disciplina económica que al dejar de ser “política” y empezar a hacerse “neoclásica” quiso ser también exacta y científico-natural, desembocando a su vez en la configuración de unos modelos de subjetividad humana que entroncaban claramente con las concepciones computacionales desarrolladas ya durante el siglo XX. Y no podemos perder de vista que la positivización de los saberes sociales (la constitución de una “física social”) no podía sino darse necesariamente en el seno de una sociedad definida por las formas de vida propias de una sociedad crecientemente industrializada, como hemos visto que señalaba el propio Comte. Karl Jaspers, desde posiciones filosóficas existencialistas, se aproximó a esta decisiva problemática con lucidez crítica, mostrando cómo una “subjetividad cuantificada” tenía que emerger en el seno de una sociedad cada vez más subordinada en su morfología y funcionamiento a los procesos avasalladores de la producción industrial:

La técnica se basa en el trabajo de la inteligencia, el cálculo en conexión con una anticipada percepción, tanteo y conjetura de posibilidades. La técnica piensa mecanismos, todo lo transmuta en cantidades y relaciones. Es una parte de la racionalización en general (136).

La configuración técnica del pensamiento se manifestaba en la creciente promoción de un intelecto meramente calculador cuya capacidad operativa y funcional, además, quería ser medida desde parámetros cuantitativos (Jaspers 151).

Para concluir este apartado, sostendremos que hay fundamento para defender la existencia de afinidades importantes, y quizás una convergencia de fondo, entre los modelos económicos neoclásicos y dos de los paradigmas psicológicos dominantes a lo largo del siglo XX, a saber, el conductismo y el cognitivismo. Y es lo que hemos pretendido bosquejar en este epígrafe.

### III. La hegemonía del modelo de “mercado puro”

En Léon Walras, otro conspicuo representante de la escuela marginalista, encontramos muy nítidamente la ficción metodológica de un mercado ideal despojado de todo “rozamiento externo”, pues su teoría económica también quiso componerse al modo de una mecánica exacta:

En una palabra, el mundo puede considerarse como un vasto mercado general, compuesto de diversos mercados especiales, donde la riqueza social se compra y se vende, y nuestro objetivo es descubrir las leyes que las compras y las ventas tienden a seguir. Para esto, supondremos siempre un mercado perfectamente organizado desde el punto de vista de la competencia, de igual forma que en la mecánica pura se supone que las máquinas se encuentran libres de rozamientos. (180)

El participante-ideal en ese juego del intercambio dentro de un mercado puro es, precisamente, un agente cuya lógica racional trascurre por los parámetros de la maximización de utilidad, sin contemplar la influencia o determinación de ninguna variable exógena. Y en Walras hay otro corolario muy importante porque, en efecto, dichos comportamientos cristalizan elegantemente en un equilibrio general que puede además expresarse matemáticamente (129).

En cualquier caso, y como ocurría también en Jevons, encontramos siempre en el centro de la teoría económica al agente elector y maximizador de utilidad, que intenta en todo momento asignar eficazmente sus ingresos a fin de obtener el mayor grado de satisfacción posible con la inversión del mínimo coste. Todo lo cual se hace factible, presupone esta teoría, a través de un ejercicio racionalizador que computa, pondera y compara la utilidad marginal de todos los bienes y servicios disponibles en todos sus usos. Ese agente así postulado aparece como un “mecanismo de elección optimizadora” que opera a través de una evaluación instrumental de la información relevante dada en un momento dado, y nunca se guía por ningún otro valor o norma. En este contexto emerge con potencia el individualismo metodológico, en tanto que son los individuos-átomo, sus evaluaciones y consecuentes acciones de respuesta, de los que parte el análisis de la totalidad del mundo socioeconómico (Weber 1978 187).

La economía política pura, lógicamente anterior a toda economía económica aplicada, aparece en la construcción teórica walrasiana como una ciencia eminentemente mecánica:

No obstante, es cierto que la mecánica pura debe preceder a la mecánica aplicada. De igual forma, existe una economía política pura que debe preceder a la economía política aplicada, y la primera es una ciencia semejante a las ciencias físico-matemáticas en todos sus aspectos. (Walras 162)

Es así, por lo tanto, que la ciencia económica llega a autoconcebirse, una vez más, al modo de una ciencia natural. Porque el objetivo de Walras fue, en último término, desarrollar un sistema conceptual en el ámbito de la economía que fuera similar al de la mecánica, y este objetivo implicaba la existencia de un equilibrio nomológico de las relaciones económicas (Bilbao 2007 189).

Todo aquello que no pueda ser formalizado cuantitativamente carece de la suficiente credibilidad epistémica imprescindible para entrar a formar parte de ese consagrado modelo basado en la noción de

equilibrio general de mercado, consumándose de este modo la construcción de un aparato categorial que bien podría hacer entrar a la ciencia económica ortodoxa en el reino positivo de las ciencias sociales genuinamente racionales, tal y como éstas eran concebidas por el programa científicista del positivismo. Y uno de los corolarios más extremos de esto mismo que venimos comentando es, quizás, la postura del filósofo de la economía Alexander Ronsenberg, que llegó a entender la economía como una rama de las matemáticas. En ese sentido, la ciencia económica deja de ser un pretendido estudio del comportamiento humano histórico y real para constituirse en una suerte de geometría analítica de un conjunto dado de relaciones abstractamente consideradas.

No podemos dejar de señalar, como bien sostenía Enzo Mingione (38), que el “paradigma del mercado” acabó hechizando de una forma muy notoria a historiadores, sociólogos, antropólogos, psicólogos y politólogos, de manera tal que los marcos metodológicos y conceptuales que acabaron imperando en múltiples ámbitos las ciencias sociales, surgidas al compás mismo del desarrollo de las sociedades industrializadas, apenas pueden esquematizar cualquier orden social o explicar cualquier fenómeno cultural dado si no es dentro de las coordenadas y los parámetros propios de un modelo teórico de mercado. Cuando la sociedad emerge, en tales teorizaciones, como subproducto o mero epifenómeno del comportamiento individual en el mercado, asistimos a esa comprensión de los asuntos humanos destilada dentro de los límites del paradigma de mercado, el cual se erige en omnipresente modelo de las ciencias humanas y sociales. Dichas ciencias, en suma, acabarán siendo atravesadas en buena medida por esa “mentalidad de mercado” que también llega a convertirse, tal y como quedaba caracterizada por Karl Polanyi (1994 77), en la fantasía generalizada de toda una época.

#### IV. El imperialismo de lo económico

El economista acabó convirtiéndose en el científico social por excelencia, siendo así que la siguiente aseveración de George Stigler, miembro de la Escuela de Chicago y Premio Nobel de Economía en 1982, pudo en algún momento erigirse en el epítome más significativo y apoteósico de lo que venimos tratando de mostrar: “De todos los científicos sociales, sólo los economistas poseemos un sistema teórico para explicar el comportamiento social” (109). Y una vez quedó codificada tal premisa el siguiente corolario fue la constitución de un programa teórico fundamentado en la reducción de todas las ciencias humanas y sociales a la ciencia económica, en una deriva que recordaba significativamente al viejo proyecto positivista de unificación científica:

La perspectiva de que la lógica económica pueda impregnar el estudio de todas las ramas de la conducta humana es tan excitante como ningún otro desarrollo de la historia de la ciencia económica o, incluso, en la historia de la ciencia. (180)

Ese horizonte de sentido fue aquilatándose con progresiva pregnancia y terminó por ocupar una posición preeminente. El proyecto positivista de una ciencia unificada, que dependiese en definitiva de una ciencia matriz, empezó a cristalizar bajo la forma de una economía científica cuyas categorías y principios iban constituyendo el paradigma de conocimiento social con mayor prestigio e influencia. El discurso económico se fue construyendo de una forma enteramente monológica, a la par que expansiva. La ciencia económica, digámoslo así, vino a ocupar el lugar hegemónico de la enunciación.

Resulta muy oportuno tener en cuenta ese proceso por el cual, dentro del desarrollo histórico de las

ciencias sociales, empieza a constituirse una ciencia matriz que sirve de privilegiado fundamento explicativo para todos los otros aspectos culturales y espirituales del quehacer humano. Y esta posición de ciencia matriz, podemos ahora sostener, viene pretendiendo ser ocupada desde hace tiempo por la teoría económica ortodoxa, pues ésta había terminado deviniendo como la ciencia más adecuada para representar científicamente la totalidad del orden social:

Pero lo que esto significa es, repárese, que se está pensando la posibilidad de confinar dentro del radio de alcance del campo de una ciencia positiva particular, ni más ni menos que la totalidad de la vida social y cultural humana del presente. (Fuentes Ortega 24)

En ese sentido, y es preciso recordarlo, no podría haber surgido una economía científica en ningún otro momento de la historia pues, en efecto, lo económico sólo puede ser teorizado como un campo específico de la acción social humana cuando, de hecho, una esfera económica aparece deslindada bajo la forma de un sistema de mercado que se ha desgajado y emancipado del resto del tejido social, algo que sólo comienza a darse en las modernas sociedades industriales que institucionalizan su vida socioeconómica a través de un sistema de mercados generalizados (Polanyi 2003 121).

Louis Dumont señalaba que en el mundo moderno una insólita dimensión de la realidad hubo de solidificarse con unos contornos marcadamente diferenciados, delimitados, desgajados de su vieja mezcolanza con los otros nervios de lo social:

La era moderna ha sido testigo de la emergencia de un nuevo modo de considerar los fenómenos humanos y de la delimitación de un dominio separado que evocamos corrientemente con las palabras economía, económico. ¿Cómo ha aparecido esta nueva categoría, que constituye al mismo tiempo un compartimiento separado en la mentalidad moderna y un continente abierto a una disciplina científica, y a la que el mundo moderno atribuye en apariencia un gran valor? (45)

El surgimiento de esta ideología esencialmente económica desemboca en la emancipación del punto de vista económico como algo separado, como algo que se encierra en una disciplina de conocimiento autónoma que, evidentemente, se codifica completamente al margen de las valorizaciones y las categorías que se desprenden de lo político y de lo moral. Cristaliza así un nuevo campo de fuerzas y un nuevo dominio de lo real que aparece ante la conciencia con sus propias leyes internas y con su coherencia inmanente.

Pero ya Ludwig von Mises, máximo exponente de la Escuela Austriaca, advertía que si la economía política clásica había centrado su objeto de estudio en los fenómenos del precio y en el comportamiento dentro del mercado, paulatinamente dicha ciencia había ido ampliando sus fronteras y su campo de aplicación (357). El ámbito de lo económico fue progresivamente ensanchando sus dominios cognoscitivos hasta el punto de reabsorber dentro de sí todos los aspectos de la praxis humana. En el interior de este universo teórico toda acción humana podía ser tratada en tanto que económica, y la ciencia económica ampliaba así su objeto a todas las dimensiones de lo humano. La diferencia que Von Mises pudiera hacer, en un principio, entre economía sensu stricto y economía sensu lato parece ir desvaneciéndose, toda vez que cualquier dimensión de las relaciones humanas empezaba a ser tratada como susceptible de ser entendida y analizada económicamente (109). En definitiva, para Von Mises ninguna realidad se sustraería a esa hipertrofiada jurisdicción de lo económico, que se identificaba ya

con una teoría general de la acción humana (361). Se pensaba, dentro de aquel programa teórico, que los aspectos economizadores operaban en cualquier espacio-tiempo humano, y no sólo en los contextos genuinamente mercantilizados.

Hemos de señalar que el denominado “imperialismo de lo económico”, comprendido como un proyecto que plasma la hegemonía absoluta en lo ontológico y en lo metodológico de la teoría económica sobre el resto de las ciencias sociales, es un asunto que viene de lejos (Swedberg). La economía ortodoxa, inserta en el paradigma formalista, fue paulatinamente ensanchando su campo teórico de aplicación, hasta abarcar una variada multiplicidad de problemas y ámbitos de las ciencias humanas y sociales que en principio le eran ajenos (Dupuy 59). Lionel Robbins, uno de los máximos exponentes del formalismo económico, también habría de apuntalar un concepto de “economización” que no se refería a un tipo específico de actividad institucionalmente mediada y producida, pues toda actividad humana, en tanto está mediada por los límites infranqueables de la escasez y la elección, es indistintamente económica (39). De lo cual se desprendería, en efecto, que todos los hombres han economizado siempre de la misma manera, ante cualquier situación y en todo tiempo y lugar; y es ahí, precisamente, donde halla su fundamento la universalidad del objeto de la ciencia económica. Una ciencia que, por supuesto, hace abstracción del contenido histórico social e institucional de esos fines y de la importancia y significación normativa que éstos puedan albergar, ignorando con ello las decisivas aportaciones que las ciencias históricas y antropológicas habrían de aportar para elaborar una comprensión más cabal de la vida económica de las distintas sociedades humanas (Polanyi 1976).

Esta última crítica ya estaba presente en el enfoque institucionalista que Veblen estaba poniendo en juego en los últimos años del siglo XIX. En efecto, el sociólogo y economista norteamericano siempre se rebeló contra las nociones irreales que jalonaban la arquitectura teórica de los economistas marginalistas, y denunciaba la forma de racionalidad adscrita a un “hombre económico” que se fundamentaba, en realidad, en unas preconcepciones psicológicas y antropológicas que injustificadamente habían sido naturalizadas y eternizadas en un constructo teórico fantástico e irreal (Veblen 175). En ese sentido, pueden observarse los mitos del “interés propio universal” y de la “razón eternamente calculadora”, contruidos y sostenidos por buena parte de los doctrinarios del liberalismo económico (Polo Blanco 2014a).

La llamada “antropología formalista”, enteramente imbuida de los métodos y principios procedentes del cuerpo teórico de la ciencia económica ortodoxa, entendía que el comportamiento de los individuos en cualquier cultura humana presenta un rasgo economizador irreductible. En ese sentido, por muy diversa, profusa y abigarrada que fuera la materialidad cultural presentada por un estudio etnográfico cualquiera, siempre podría descubrirse en él una pauta de racionalidad subyacente que respondería, en última instancia, a los parámetros de la elección maximizadora. No existiría ninguna alteridad cultural lo suficientemente profunda, por muy alejada que estuviera en el tiempo y en el espacio de las modernas economías de mercado, que no pudiera mostrar en el análisis una subordinación implícita a las pautas propias de ese tipo de racionalidad económica. Es así que un antropólogo como

Robbins Burling podía entender que esa lógica que opera maximizando la propia utilidad se hallaba presente incluso en las relaciones que una madre pone en práctica en el cuidado de sus hijos (121).

Y es por lo anterior que teóricos como Gary Becker, otro flamante premio Nobel perteneciente a la Escuela de Chicago, pudieron abrigar un programa teórico explícitamente imperialista:

Estoy diciendo que el enfoque económico suministra un valioso y unificado marco para comprender todo el comportamiento humano [. . .] El alma de mi argumentación es que el comportamiento humano no está compartimentado; unas veces se basa en la maximización y otras no [. . .] Más bien hay que ver a todo el comportamiento humano como integrador de unos participantes que maximizan su utilidad desde un conjunto estable de preferencias y que acumulan una cantidad óptima de información y otros insumos en una variedad de mercados. (1997b 57)

Mercados que, hemos de notar, no se refieren al ámbito tradicional de las transacciones monetarias o la compraventa estrictamente mercantil, pues Becker habla de “mercados implícitos” y de “precios-sombra” que operan en todas aquellas áreas de la existencia humana en las que no intermedia un mercado explícito:

Está claro que el enfoque económico no está circunscrito a los bienes materiales y a los deseos o ni siquiera al sector del mercado. Los precios, ya sean precios monetarios de mercado o precios «sombra» imputados al sector ajeno al mercado, miden el coste de oportunidad de la utilización de recursos y el enfoque económico, por su parte, predice la misma clase de respuesta para los precios «sombra» que para los precios de Mercado. (1997b 50)

Muchos comportamientos que parecían intratables desde un enfoque económico han ido siendo sistemáticamente explicados desde las categorías analíticas estructuradas en el corpus teórico de la teoría económica ortodoxa. La racionalidad maximizadora no necesita operar en el nivel de la consciencia, y puede estar funcionando de manera inquebrantable más allá de lo que nosotros podamos creer o imaginar que está detrás de nuestras acciones (Becker 1997b 51). En efecto, y al margen de todas las abigarradas representaciones que los sujetos puedan hacerse sobre los motivos y los fines que informan sus propias acciones, en última instancia se comportan sistemáticamente como “agentes maximizadores”, esto es, como sujetos que buscan siempre la optimización de su tiempo y el aprovechamiento máximo de sus recursos. Y esto es así, diría Becker, sépanlo o no los propios agentes ejecutantes.

Desde la perspectiva de dicho imperialismo de lo económico, en suma, se puede hablar legítimamente de las implicaciones económicas del amor, de los costes de oportunidad que implica una elección conyugal, del concepto estrictamente mercantil del compromiso matrimonial y de “los bebés como bienes económicos” (McKenzie y Tullock 156). Como bien puede deducirse al calor de proposiciones semejantes, dentro de este programa teórico todos los lazos humanos quedan refundidos a la escala de la dinámica puramente maximizadora, como si ningún otro valor, norma o fin apareciese ya imbricado e implicado en la reproducción de dichos lazos. Las leyes de la oferta y la demanda, dentro de este paradigma, operan en todas las tramas de sentido que constituyen la vida personal, familiar y social de los seres humanos (Becker 1997a). Es considerando este tipo de estudios cuando podemos

consignar que los principios de la economía ortodoxa empiezan a convertirse en una suerte de “sabiduría sagrada” (Graeber 119), de la cual deben beber inexcusablemente todas las otras disciplinas de la ciencia social.

Los “asuntos mercantiles” han desbordo, como hemos visto, los tradicionales ámbitos de la vieja economía política, y la lógica de la mercantilización se convierte en un recurso explicativo omnímodo, además de devenir ideal normativo del orden social (McKenzie y Tullock 11). La perspectiva economicista se instala ya como la única fuente de inteligibilidad a la hora de comprender los asuntos humanos, precisamente porque la lógica económica formal es aplicable a cualquier aspecto de la realidad social y personal. Incluso aspectos tan antropológicamente densos como la dimensión religiosa de la vida pueden ser explicados desde semejantes parámetros (Iannaccone 1991a y 1991b), e incluso fenómenos muy complejos desde todo punto de vista psicosocial, como el suicidio, pueden tratar de entenderse desde esquemas teóricos puramente económicos (Hamermesh y Soss). También la Teoría de la Elección Pública, enmarcada en esa misma dinámica, entendió que la organización de las políticas públicas y el comportamiento de los gestores de dichas políticas bien podían explicarse desde modelos de mercado y desde el prisma de la maximización de utilidades. Y, de igual modo, los ciudadanos, en tanto que contribuyentes y votantes, operaban dentro de un “mercado político” eligiendo entre las distintas opciones disponibles con criterios preeminentemente maximizadores (Buchanan, McCormick, y Tollison).

#### **V. La no-neutralidad normativa del discurso económico dominante**

No hemos de olvidar que cualquier cosa no puede ser dicha en cualquier época. Y si la verdad es una cosa que se produce, las ciencias humanas se erigen en un lugar privilegiado en el que poder observarse esa tremenda imbricación entre saber, poder y verdad (Foucault). Con Foucault, como bien es conocido, se puede concluir que en el lugar y en el momento en el que se produce una verdad, y a través de ese mismo movimiento productivo, se excluyen y se silencian elementos que ya no pueden entrar en ese juego. Un juego que es positividad, pues el orden del discurso instituido (el orden del discurso de la ciencia económica, en este caso) induce formas de subjetividad, construye ámbitos de inteligibilidad y marca las fronteras de lo que puede ser dicho con sentido. Pero un juego que también es negatividad por lo que entierra y oblitera, pues el discurso de la ciencia económica debe ser leído como un sistema de mitos y códigos que pretende gobernar el sentido mismo de las cosas para, a través de su propia constitución, desterrar otros posibles significados de la vida socioeconómica (Samuels).

En ese mismo sentido, y como habremos de constatar, resulta ciertamente dificultoso diferenciar entre los presupuestos metodológicos estrictamente lógico-científicos y los aspectos normativos de una disciplina como la económica; o lo que es lo mismo, distinguir entre lo descriptivo y la prescripción política. El individualismo metodológico, por ejemplo, apuesta por una comprensión atomista de la realidad socioeconómica pero, a su vez, dichas teorías apuestan normativamente por una sociedad basada en agentes económicos maximizadores y motivados exclusivamente por el propio interés. Los modelos teóricos postulados para dar cuenta de la realidad humana aparecen, a su vez, como ideas

rectoras de lo que habría de ser una organización verdaderamente racional de la sociedad (Alonso y Callejo). El ser y el deber ser no siempre resultan diferenciables.

La construcción del cuerpo teórico de la ciencia económica nunca se fraguó, como nunca llegó a ser el caso de ninguna otra ciencia social, a través de un procedimiento neutral, aséptico desde un punto de vista normativo. Un estudio literario de las metáforas y figuras retóricas empleadas en la construcción del discurso económico pueden expulsarle más allá de los límites de una metodología pretendidamente científicista (McCloskey). La pretensión, por parte del discurso económico, de alcanzar él mismo un estatuto de científicidad análogo al de las ciencias naturales, que podía detectarse en obras tan decisivas y seminales como *Principles of economics* que Alfred Marshall diese a la luz en 1890, supone en sí mismo un síntoma ideológico. Resulta necesario, no obstante, tener en cuenta que en sus inicios, cuando todavía se denominaba de manera significativa “economía política”, esa disciplina se hallaba encuadrada dentro de la filosofía práctica y moral, esto es, en el ámbito del arte de la buena ordenación por parte del gobernante de los recursos de una nación. Algo que todavía puede comprobarse, paradigmáticamente, en Adam Smith.

Lo que ahora queremos señalar, en cualquier caso, es que la teorización económica siempre estuvo repleta de postulados axiológicos y que la doctrina económica liberal, en concreto, esconde tras de sí una visión del hombre y del orden social muy concreta, esto es, una determinada antropología filosófica y una determinada filosofía política. El corpus teórico de las doctrinas liberales jamás pudo ser, aunque así lo pretendieran sus epígonos, un armazón analítico neutral, pues tras él se escondían prescripciones políticas (cómo debe organizarse la sociedad) y presupuestos psicológicos y antropológicos (cómo es el hombre). En ese sentido, compartimos algunas de las tesis de Gunnar Myrdal:

Así, la teoría de la «libre competencia» no pretende ser simplemente una explicación científica del rumbo que tomarían las relaciones económicas bajo ciertos supuestos específicos. Tal teoría constituye al propio tiempo una especie de prueba de que estas condiciones hipotéticas darían por resultado la «renta total» máxima o la mayor «satisfacción de necesidades» posible en una sociedad en su conjunto. La «libre competencia» se convierte así, por motivos lógicos y fácticos, en algo más que un conjunto de supuestos abstractos utilizados como instrumento en el análisis teórico de las relaciones causales entre los hechos. Se convierten en un desiderátum político (22).

El corpus teórico de la economía neoclásica formaliza, y a la vez universaliza, un determinado tipo de racionalidad y afianza, por la vía expedita de la naturalización, un imaginario en el que los parámetros de la sociedad mercantilizada no pueden aparecer sino como autoevidentes y atemporales. Por lo tanto, tras las mutaciones aparentemente metodológicas dentro de la teorización económica se esconden múltiples procesos de mutación en los marcos axiológicos y normativos de la autocomprensión social de los hombres que no siempre responden a puras necesidades puramente epistemológicas (Meek313).

En este punto hemos de tener en cuenta el acertado diagnóstico que Amartya Sen vertió sobre el desarrollo de la ciencia económica moderna: “La metodología de la denominada «economía positiva» no solamente ha huido del análisis normativo, sino que también ha ignorado una diversidad de complejas consideraciones éticas que afectan al comportamiento humano real [...]” (25). La separación formal

del punto de vista económico con respecto a los puntos de vista morales, religiosos o políticos terminó decantando un enfoque puramente técnico de lo económico que, en efecto, había pretendido erigir unos constructos analíticos absolutamente exentos de todo componente ético o normativo. Pero, en realidad, no debemos obviar que dichos constructos están atravesados por presupuestos antropológicos y sostenidos por diversos marcos axiológicos implícitos.

Norbert Elias hizo notar la imposibilidad, pretendida por toda forma de individualismo metodológico, de comprender la fisonomía del orden social en función de la constitución de un individuo que se toma como punto arquimédico de todo ulterior análisis. No pueden descubrirse las características primigenias que configuran una presunta y abstracta individualidad pre-social o extra-social para, desde ella, dar cuenta explicativa de las relaciones sociales. Muy al contrario, toda forma de individualidad ha sido producida por el entramado social que la precede, entramado dentro del cual dicha forma de individualidad germina y se moldea. Las formas de individuación se van decantando a través de procesos históricos de civilización, y dichas formas no pueden comprenderse al margen de estos últimos. Hipostasiar una de esas formas, a saber, la forma de individuación moderna cristalizada a través de las grandes mutaciones institucionales de las sociedades industriales de mercado; convertirla, decíamos, en la forma de individuación en sí, en el prototipo eterno de la praxis humana, delata un movimiento totalmente injustificado en el orden explicativo.

Por lo tanto, no puede ignorarse que el tipo de individuo postulado como universal por la teoría económica (y por todos aquellos teóricos de lo social que beben de sus premisas), esto es, ese individuo espoleado por su inagotable capacidad de emitir deseos y que a lo largo de toda su vida tiene que estar haciendo permanentemente elecciones fundamentadas explícita o implícitamente en la asignación de recursos escasos en vistas a obtener posibles fines alternativos de la manera más provechosa y óptima posible; ese individuo así definido y caracterizado, operando a través de una imperturbable lógica de la maximización, toma forma analítica en la figura del homo oeconomicus. Pero, en todo caso, y aquí reside la crítica fundamental, se trata de una forma de individualidad decantada histórico-culturalmente en el proceso civilizatorio del occidente moderno e industrial, y nunca el arquetipo universal de la racionalidad humana.

También Pierre Bourdieu señalaba que la ciencia económica descansa en una fundamental abstracción originaria, toda vez que las presuntas evidencias elementales de la teoría económica ortodoxa que dan cuenta de la objetividad social se integran en un constructo naturalizado que pretende partir de unos datos autoevidentes y ahistóricos y que ignora, empero, los distintos procesos históricos que coparticipan y coadyuvan en la emergencia de fuerzas económicas autonomizadas y desarraigadas del resto de la urdimbre social, siendo éste el aspecto que en último término define a la moderna sociedad de mercado, con sus correspondientes subjetividades troqueladas en y para dicha autonomización de las fuerzas mercantiles (19).

Así, aquel “espíritu del capitalismo” que fuera tematizado canónicamente por Max Weber (2003) y Werner Sombart suponía nada menos que la emergencia de una nueva ética económica, de una nueva subjetividad y de un nuevo continente cognoscitivo, y todos estos componentes se aquilatan para configurar una visión del mundo. Aparece así ensamblado un nomos económico como campo de fuerzas

en el que gravitan una moral económica, una determinada racionalidad, una específica subjetividad y, en definitiva, una inédita visión del mundo que se va construyendo de manera retroalimentada con diferentes discursos de legitimación (Bourdieu 19). Y quizás sería conveniente, como señalaba el antropólogo colombiano Arturo Escobar, construir una “antropología de la modernidad centrada en la economía”, precisamente para deshacer ese efecto misticador y falsario por el cual se pretende que la moderna economía de mercado no sea un sistema histórico contingente sino la economía normal y natural de la especie humana (Escobar 108).

Se puede afirmar, con Michael Perelman, para concluir, que la teorización económica ortodoxa jamás pudo desvincularse de una función irremediabilmente misticadora:

Los economistas pueden utilizar herramientas científicas, como las matemáticas y la estadística, pero las aplican en un contexto que es, en el mejor de los casos, cuestionable. La economía pretende ser científica porque basa su ideología en unos rigurosos fundamentos teóricos, pero estos fundamentos descansan sobre suposiciones muy poco realistas. (Perelman XVII)

Las pretensiones de absoluta científicidad del discurso económico aparecen como proyecciones legitimadoras de ese orden social específico que es la sociedad de mercado. Pretensión de científicidad que viene enmarcada dentro de una operación de despolitización de lo económico, maniobra por medio de la cual los axiomas de la teoría económica ortodoxa se presentan como realidades puramente técnicas (y, por lo tanto, no sometidas a discusión) que acaban siendo aceptadas como una realidad incuestionable e inatacable que delimita las fronteras mismas de lo posible y de lo imaginable (Zizek 110). Y es por ello que las críticas que tratan de arremeter contra el estatuto incuestionable de científicidad otorgado a los dogmas de la ciencia económica ortodoxa constituyen un movimiento ineludible para empezar a contravenir el discurso que pretende naturalizar el orden social y político fundamentado en la omnipresencia avasalladora de la economía de mercado. Porque sólo desactivando la potencia de dicho discurso legitimador es posible, a su vez, empezar a concebir otra institucionalización de la vida económica ajena a la lógica corrosiva, criminal y suicida de los mercados omnipotentes (Polo Blanco 2014b). Pero esto último es ya otra cuestión.

## Referencias

- Alonso, Luis Enrique. «Consumo e indivisualismo metodológico: una perspectiva científica.» *Política y sociedad* 16 (1994): 111-134.
- Amin, Sammir. *Crítica de nuestro tiempo*. México D. F.: Siglo XXI, 2001.
- Becker, Gary. «Análisis económico de la fecundidad.» *La esencia de Becker*. Ed. Ramón Febrero y Pedro Schwartz. Barcelona: Ariel, 1997a.
- Becker, Gary. «El enfoque económico del comportamiento humano.» *La esencia de Becker*. Ed. Ramón Febrero y Pedro Schwartz. Barcelona: Ariel, 1997b.
- Bilbao, Andrés. *Individuo y orden social*. Madrid: Sequitur, 2007.
- . «La racionalidad económica y la secularización.» *Reis* 74 (1996): 225-244.

- Bourdieu, Pierre. *Las estructuras sociales de la economía*. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Buchanan, James, R. E. McCormick y R. D. Tollison. *El análisis económico de lo político*. Madrid: Instituto de Estudios Económicos, 1984.
- Burling, Robbins. «Teorías de maximización y el estudio de la antropología económica.» *Antropología y economía*. Ed. Maurice Godelier. Barcelona: Anagrama, 1976.
- Burt, Edwin. *Los fundamentos metafísicos de la ciencia moderna*. Buenos Aires: Editorial Suramericana, 1960.
- Cassirer, Ernst. *Filosofía de la ilustración*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- Comte, Augusto. *Discurso sobre el espíritu positivo*. Madrid: Alianza, 1980.
- Dávalos, Pablo. «El sumak kawsay (buen vivir) y la crítica a la teoría económica como ideología.» *Polémika* 7 (3): 17-31.
- Dilthey, Wilhelm. *Introducción a las ciencias del espíritu*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Dumont, Louis. *Homo equalis. Génesis y apogeo de la ideología económica*. Madrid: Taurus, 1999.
- Dupuy, Jean-Pierre. *El sacrificio y la envidia*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- Elías, Norbert. *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península, 1990.
- Escobar, Arturo. *La invención del tercer mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana, 2007.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Madrid: Siglo XXI, 1999.
- Fuentes Ortega, Juan Bautista. «Para una crítica de la idea de 'flexibilidad profesional'. Las relaciones entre la historia de la psicología y de las ciencias humanas y los seres humanísticos.» *Historia de la Psicología* 28.I (2007): 19-44.
- Graeber, David. *En deuda. Una historia alternativa de la economía*. Barcelona: Ariel, 2012.
- Hamermesh, Daniel y Neal Soss. «An economic theory of suicide.» *Journal of Political Economy* 82.1 (1974): 83-98.
- Hayek, Friedrich. «The uses of knowledge in society.» *American Economic Review* 35 (1945): 1-18.
- Hobbes, Thomas. *Leviatán*. México d. F.: Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Iannaccone, Laurence. «The economics of religion: a survey of recent work.» *Bulletin of the Association of Christian Economics* 18 (1991b): 7-13.
- Iannaccone, Laurence. «The consequences of religious market regulation: Adam Smith and the economics of religion.» *Rationality and Society* 3.2 (1991a): 156-177.

- Izquierdo, Javier. «Equilibrio económico y racionalidad maquinaica.» *Política y Sociedad* 21 (1996): 89-112.
- Jaspers, Karl. *Origen y meta de la historia*. Madrid: Revista de Occidente, 1965.
- Jevons, William. *La teoría de la economía política*. Madrid: Pirámide, 1998.
- Kaplan, David. «La controversia formalistas-substantivistas de la antropología económica: reflexiones sobre sus amplias implicaciones.» *Antropología y economía*. Ed. Maurice Godelier. Barcelona: Anagrama, 1976.
- Lange, Oskar. *La computadora y el mercado. Teoría económica del socialismo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- Marshall, Alfred. *Principios de economía*. Madrid: Aguilar, 1963.
- McCloskey, Donald. *La retórica de la economía*. Madrid: Alianza, 1990.
- McKenzie, Richard y Gordon Tullock. *La nueva frontera de la economía*. Madrid: Espasa-Calpe, 1980.
- Meek, Ronald. *Economía e ideología*. Barcelona : Ariel, 1972.
- Menger, Carl. *El método de las ciencias sociales*. Madrid : Unión Editorial, 2006.
- Mingione, Enzo. *Las sociedades fragmentadas. Una sociología de la vida económica más allá del paradigma del mercado*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1994.
- Myrdal, Gunnar. *El elemento político en el desarrollo de la teoría económica*. Madrid: Gredos, 1967.
- Naredo, José Manuel. *La economía en evolución*. Madrid: Siglo XXI, 1987.
- Pareto, Vilfredo. *Manual de economía política*. Buenos Aires: Altaya, 1945.
- Perelman, Michael. *El fin de la economía*. Barcelona : Ariel, 1997.
- Polanyi, Karl. *El sustento del hombre*. Barcelona: Mondadori, 1994.
- . *La economía como actividad institucionalizada. Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona: Labor, 1976.
- . *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Polo Blanco, Jorge. «Los mitos del interés propio universal y la razón eternamente calculadora.» *Factótum* 12 (2014a): 47-62.
- . «Posdemocracia y dictadura tecnofinanciera. La tiranía de los mercados omnipotentes.» *Nómadas. Revista crítica de ciencias sociales y jurídicas* 44.4 (2014b): 145-162.
- Rescher, Nicholas. *La racionalidad. Una indagación filosófica sobre la naturaleza y justificación de la*

*razón*. Madrid: Tecnos, 1993.

Robbins, Lionel. *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1980.

Rosenberg, Alexander. «If economics is n't a science, What is?» *The Philosophy of economics: an anthology*. Cambridge University Press, 1994. 376-394.

Samuels, Warren. *Economics as discourse. An analysis of the language of economists*. Boston: Kluwer Academic Publishers, 1990.

Sen, Amartya. *Sobre ética y economía*. Madrid: Alianza, 2001.

Simon, Herbert. «De la racionalidad sustantiva a la procesal.» *Filosofía y teoría económica*. Ed. Frank Hahn y Martin Hollis. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1979.

Skinner, Burrhus. *Ciencia y conducta humana*. Barcelona: Fontanella, 1977.

Smith, Adam. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1979.

Sombart, Werner. *El burgués*. Madrid: Alianza, 1977.

Stigler, George. *Memorias de un economista*. Madrid: Espasa-Calpe, 1992.

Swedberg, Richard. *Economics and sociology*. Princeton University Press, 1990.

Veblen, Thorstein. *Las percepciones de los economistas clásicos. Crítica a la economía ortodoxa*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, 2004.

Von Mises, Ludwig. *La acción humana. Tratado de economía*. Madrid: Unión Editorial, 1986.

Warras, León. *Elementos de economía política pura*. Madrid : Alianza, 1987.

Weber, Max. *Ensayos sobre metodología sociológica*. Buenos Aires: Amorrortu, 1978.

-. *La ética protestante y el 'espíritu' del capitalismo*. Madrid: Alianza, 2003.

Zizek, Slavoj. *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur, 2007.